MEN'S GILLETTE, STORY

BLADEFREGA



MEN'S GILLETTE, STORY

THE FAMILY · 07

El chico diablo.

«Enzo —le dijo mi madre a mi padre—, tenemos que meterlo en un internado.

Ya no puedo con Nando.

Controlarlo es imposible.

Y lo que es peor, es imprevisible».

Hizo una pausa.

«¿Sabes lo que hizo hoy?»

«No. Cuéntame».

«Estaba en la tienda conmigo y, sin que yo me diera cuenta, las tijeras largas desaparecieron.

Las que uso para cortar la tela.

Las piezas de tela de treinta metros.

Tuve que usar las de repuesto.

Estuve buscándolas casi una hora.

Luego lo vi volver.

Tranquilo.

Sonriente.

Con las tijeras en la mano».

Mi padre levantó la vista.

«¿Dónde había estado?»

«En el bar».

«¿Haciendo qué?»

«Nuestro hijo tiene cinco años, Enzo.

Eres su padre.

Intenta asumir alguna responsabilidad en vez de reírte como un idiota.

Estoy preocupada.

¿Qué va a ser de él?»

Mi madre estaba asustada.

Cuando volví, sin embargo, no venía solo.

Rocco Pizzimenti, dueño del bar Orfeo, volvió conmigo.

Se reía tanto que apenas podía tenerse en pie.

Según Rocco, le divertía a menudo llamarme cornudo.

Aquella tarde yo había decidido zanjar el asunto.

«¿Sabes lo que hizo?», dijo Rocco.

«Vino al bar con esas tijeras.

Para degollarme.

Yo mantuve las distancias y seguí burlándome de él.

Todo el local se reía.

Pero él no se rendía.

Al final tuvieron que llevárselo a rastras».

Mi padre se rio.

Rocco se rio.

Los clientes se rieron.

Yo no.

Con el tiempo Rocco dejó de llamarme cornudo.

Fue entonces cuando entendió que yo no era exactamente lo que él esperaba.

Mi madre había llegado a esa conclusión mucho antes.

A la mañana siguiente me llevó directamente al internado.

Las Hermanas de San Vicente.

Pagó la matrícula y la cuota anual en un solo pago.

Un seguro.

Contra mi regreso en menos de cuarenta y ocho horas.

También llegó a un acuerdo privado con la Madre Superiora sobre el trato que se me daría.

Mi padre era vendedor.

La Madre Superiora era napolitana.

Visto ahora, la combinación de un padre vendedor y una Madre Superiora napolitana explica casi todo lo que vino después.

Sin llamar demasiado la atención, mi padre se ocupó además de que el convento recibiera un suministro constante de material promocional de Gillette.

Sobre todo bolsas de plástico.

Quinientas cajas.

En aquellos años valían su peso en oro.

Difíciles de conseguir.

Caras.

Imprescindibles.

Las hermanas las adoraban.

En cuanto las existencias bajaban, sonaba el teléfono.

La Madre Superiora Maria Franca, de Forcella.

«Señor Frega, quizá podría pasar a saludar».

Fue entonces cuando aprendí una distinción importante.

Existía el saludo espiritual.

Y existía el saludo social.

Un día el director de ventas, Raffaele Di Tullio, llamó a casa buscando a mi padre.

Por desgracia para él, lo encontró.

«Frega, buenos días. ¿Cómo está?»

«Bien, doctor. Gracias. Pero esta no es una llamada de cortesía.

Dígame».

«En la central estamos todos intrigados.

Nos gustaría entender cómo un solo vendedor ha logrado consumir el treinta por ciento de todo el material promocional

distribuido en Italia.

Pura curiosidad.

Nada más.

Le hemos entregado cerca de treinta y dos pallets de bolsas de plástico.

Nos preguntamos cómo va el negocio.

No el negocio de Gillette.

El negocio de las bolsas de plástico.

¿Las está vendiendo?

¿Obtiene ganancias?

¿O prefiere explicarnos qué está pasando exactamente?»

Mi padre no dudó.

«Estoy ayudando al Vaticano.

Tienen recursos limitados.

Ningún presupuesto.

Las Hermanas de San Vicente de Reggio Calabria, donde está creciendo mi hijo, pidieron una pequeña colaboración para su obra de caridad.

Como usted me enseñó, doctor, no he dado publicidad a la iniciativa.

Sé que prefiere que estas cosas se hagan en silencio.

Sin publicidad.

Al estilo Gillette».

Silencio.

Un largo silencio.

Por fin:

«Muy bien, Frega.

Le mandaré más material».

Durante ocho años las hermanas no compraron una sola bolsa de plástico.

Queda una pregunta sin respuesta.

¿Y si hubieran convertido todo aquello en un negocio?

Eran monjas.

Pero también eran mujeres.

Nadie investigó.

Los primeros meses de internado produjeron al menos tres incidentes que a las hermanas les parecieron profundamente perturbadores.

A mí me parecían perfectamente normales.

El primero ocurrió jugando al escondite.

Cada vez que jugábamos, yo acababa inevitablemente dentro de las habitaciones privadas de las hermanas.

Tenía curiosidad.

Quería ver qué aspecto tenían las monjas sin el velo.

Mi mayor descubrimiento fue una hermana con el pelo rapado casi al cero.

Después de aquello, cada batida empezaba con la misma advertencia.

«Busquen por todas partes.

Ese diablo puede estar escondido en cualquier lugar».

Me había convertido en su pesadilla.

El sentimiento era del todo mutuo.

El segundo incidente ocurrió durante la misa de la mañana.

Cada día a las diez y media los niños se ponían en fila al salir de la capilla.

Una hermana tendía su rosario y hacía una pregunta sencilla.

«¿Quién es el ser más poderoso de la Tierra?»

Todos daban la respuesta autorizada.

«Jesucristo».

Luego besaban el rosario.

Una mañana introduje un pequeño ajuste en el ritual.

En vez de besar el rosario, besé el hábito de la hermana.

Y dije:

«Mi padre dice que las mujeres son más poderosas que Dios».

La reacción fue inmediata.

Mis padres fueron convocados antes del almuerzo.

La institución quería expulsar al diablo.

Un cheque lo bastante generoso transformó el pecado en preocupación.

La preocupación desapareció con notable rapidez.

El cheque tenía seis ceros.

Las viejas liras italianas eran muy persuasivas.

Los años pasaron románticamente bajo la protección de la inocencia.

Las fiestas de los pasteles eran simples ocasiones para comer gratis.

El teatro era una ocasión para decir la verdad.

Cada vez que hacía de príncipe, informaba al público de que no había que besar a la princesa porque era fea y tenía mal aliento.

Las maestras no estaban de acuerdo.

Al final llegó el quinto año de primaria.

Y después el examen final.

Un miembro de la comisión dejó escapar un pensamiento privado al espacio público.

«Por fin.

Nos lo quitamos de encima».

Todo parecía resuelto.

Todo parecía terminado.

Esperé treinta años.

Luego volví.

Hice un pedido de hojas de afeitar Gillette.

Pago por adelantado.

Nadie preguntó nunca cómo había llegado a ser posible algo así.

Han pasado sesenta y un años.

Todavía hoy quedan preguntas.

Hace poco mi hija me miró y me dijo:

«Perdona, Nando.

No te llamo papá.

Pero ¿quién demonios eres tú?»

Ah.

Ahahahah.

Ferdinando Frega
Gillette Man ⚔️